

LA PERTINENCIA DE LA VARIABLE SEXO EN LA INVESTIGACIÓN LINGÜÍSTICA, en S. Mattalia y M. Aleza (Eds.): *Mujeres, escrituras y lenguajes*, Valencia: Universitat, 1995.
ISBN: 84-370-2085-9

Beatriz Gallardo Paúls.
Universitat de València.

*Le langage est une peau: je frotte mon langage
contre l'autre. C'est comme si j'avais des
mots en guise de doigts, ou des doigts
au bout de mes mots.*
G. Bataille.

Introducción.

La presente comunicación nace como respuesta a una pregunta en apariencia bastante simple: ¿qué tiene que decir la lingüística general a propósito de las relaciones entre mujer y lenguaje?.

Como consecuencia de esta formulación tan genérica surge, me temo, un título radicalmente distinto a los presentados en ponencias anteriores, sin duda mucho más sugerentes: se ha hablado hasta ahora de sombras y semblantes, de sexo sentido, de manos femeninas, de salsa... Pero el asistente al Congreso sigue leyendo el programa e inevitablemente el día 2 nota que algo ha cambiado: es irremediable, han llegado las lingüistas.

Y es que, bromas aparte, la actividad de poner títulos, la actividad de nombrar es, como todas las actividades lingüísticas, un hacer que nos denuncia, que nos evidencia. Y tal vez es ahí donde encontramos respuesta a nuestra pregunta inicial, pues el interés de la lingüística por el tema que hoy nos reúne arranca de la visión del enunciado como huella inevitable del sujeto de la enunciación. Es a partir de esta evidencia cuando podemos pasar a ocuparnos de las relaciones entre mujer y lenguaje.

Dedicaremos esta comunicación a repasar brevemente cuáles son las esferas de estudio que hasta el momento han vinculado el sexo y la lengua, tratando de analizar hasta qué punto la búsqueda de diferencias resulta o no pertinente en la investigación. Pero antes de comenzar con nuestras reflexiones nos parece necesaria una matización: el texto que ahora escuchan nace en la lingüística general, lo que significa que no puede permitirse moralismos ni militancias, cosa excesivamente frecuente en la bibliografía sobre el tema. Efectivamente, sólo el filtro de una implicación ideológica que no atienda a razones puede justificar afirmaciones tan carentes de fundamento como las que se han hecho a propósito del género y el sexismo de las lenguas. Afirmaciones como estas de Luce Irigaray (1987:66-67):

"Después de muchos siglos, todo lo que tiene valor es del género masculino, mientras que es femenino lo que carece de valor. Así, el sol es del género masculino, la luna, del femenino. Pero, el sol, en nuestras culturas, se considera la fuente de la vida; la luna es la ambigüedad casi nefasta -salvo, quizás, para ciertos(as) campesinos(as). (...) Para estar seguro de no ser traicionado en su poder, el pueblo de los hombres, consciente o inconscientemente, representa todo lo que tiene valor relacionándolo con su imagen y su género gramatical. La mayor parte de los lingüistas afirman que el género gramatical es arbitrario, independiente de denotaciones o connotaciones sexuales. De hecho, se trata de una inexactitud, ya que no se han planteado la cuestión, nunca se les ha impuesto como una necesidad. Su subjetividad personal, sus teorías, se adaptan a ser valoradas en masculino, pasando por lo arbitrario universalizable. Un trabajo paciente sobre el género de las palabras desvela casi siempre su sexo encubierto. Pero, esto raramente se traduce de forma inmediata, y un lingüista replicaría en seguida que un sillón o un castillo no son ni más ni menos "masculinos" que una silla o una casa. No, en apariencia. Basta, sin embargo, una breve reflexión para darse cuenta de que el castillo o el sillón designan valores superiores a los de la silla o la casa. Estas últimas son sólo elementos útiles para nuestra cultura, los primeros son lujosos, ornamentales, están marcados como bienes pertenecientes a un medio más elevado. (...) Otro ejemplo: el ordenador pertenece evidentemente al masculino y la máquina de escribir, al femenino"

No es necesario seguir con la cita. Es evidente que ante este tipo de razonamientos no sólo ese lingüista masculino y subjetivo al que se menciona, sino también la lingüista que les habla, quizás igualmente subjetiva, ha de poner objeciones. Caeremos apenas en la tentación de recoger el mismo discurso y dar sólo un paso más. Frente a los binomios citados *silla-casa*, *femeninos*, y *sillón-castillo*, masculinos, ¿qué pasa con *el taburete*, *el tugurio*, y *la mansión*, por ejemplo?. O respecto al *ordenador* y la *máquina de escribir*, si descendemos en la escala, ¿qué pasa con el *lápiz* y la *pluma estilográfica*?... Simplemente, reducir el grave problema de la discriminación sexual mediante el lenguaje a este tipo de comentarios nos parece flaco favor para el feminismo.

Y sin embargo, el repaso bibliográfico abunda en este tipo de posturas: se hacen reflexiones sobre el uso del lenguaje prescindiendo de los usuarios, y queriendo sentar en el banquillo al sistema de la lengua, no a la sociedad que se sirve de ella. Es lo mismo que el periodista que se lamenta por *la meteorología* o *la climatología* del fin de semana, y no por el clima.

Ese mismo repaso bibliográfico nos permite establecer cinco esferas de indagación referentes al sexo y el lenguaje. Aunque es evidente que los temas coexisten en las diferentes investigaciones, los presentamos de manera sucesiva y aislada, porque nos permiten distinguir cinco posturas desde las cuales es posible abordar la problemática de sexo y lenguaje:

1.-En la primera se considera el sexismo como algo inherente al sistema de la lengua; son las primeras posiciones feministas interesadas por el lenguaje, y basadas casi siempre en datos introspectivos. Se da una lectura sexista a fenómenos del sistema como el género gramatical o el hecho de que el femenino sea el término marcado. La ausencia de datos naturales explica cierta distancia entre las reflexiones y el objeto de estudio, distancia mediatizada en la mayoría de los casos por una postura ideológica que sustenta la investigación.

2.-La segunda línea de trabajo supone profundizar en un subcampo de la sociolingüística, ocupándonos de las creencias y actitudes sobre las diferencias lingüísticas entre hombres y mujeres: los estereotipos. Por ejemplo, ante la creencia popular de que las mujeres hablan más que los hombres, el investigador comprueba hasta qué punto esto es cierto, y a qué condicionamientos socioculturales obedece tal estereotipo.

3.-En tercer lugar, las investigaciones abandonan el sistema de la lengua y se dirigen hacia el habla: se estudia el uso sexista del lenguaje desde dominios como la psicolingüística y, sobre todo, la sociolingüística, es decir, desde la lingüística externa. Utilizamos datos lingüísticos para describir comportamientos sociales o individuales.

4.-Un cuarto tema da el paso definitivo hacia la lingüística interna. Se trata ya de analizar las diferencias reales en el uso del lenguaje en ambos sexos, repasando los diferentes niveles de competencia lingüística: fonología, morfosintaxis, léxico... En las primeras publicaciones predominan las investigaciones de los psicólogos y lingüistas que utilizan datos de laboratorio, pero últimamente se utiliza ya trabajo de campo. No incluimos aquí, sin embargo, los estudios antropológicos sobre culturas primitivas más o menos arcaicas, donde las diferencias de actuación (en el sentido chomskiano) obedecen a otras razones.

5.-Por último, existe una quinta vía de análisis, que se centra en la identificación de dos tipos de discurso: la racionalidad conversacional femenina frente al monólogo argumentativo masculino.

1.-El sexismo como algo inherente a la lengua.

Como se sabe, en 1975 Robin Lakoff iniciaba la línea de estudios sobre lenguaje y mujer con un trabajo titulado: *Language and woman's place*. Este estudio, que se convertiría enseguida en punto de referencia obligado para todos los posteriores, trataba de descubrir las bases de la discriminación en la propia estructura del sistema de la lengua.

Tras la lectura de la obra en este momento, tal vez la primera objeción surge por el tipo de datos que utiliza Lakoff. Sus reflexiones se basan exclusivamente en la introspección, es decir, un tipo de datos que se caracterizan discursivamente (Ochs, 1979; Stubbs, 1983) por ser /+planificados/ y /-naturales/. Ninguna reflexión lingüística que hoy se pretenda rigurosa puede apoyarse en este tipo de informaciones. Este aspecto determina además otros del libro, como la continua alusión a un "lenguaje masculino" y un "lenguaje femenino" que no obstante nunca se llegan a describir con rasgos concretos.

La aportación de Lakoff, sin embargo, no es de tipo lingüístico, sino sociolingüístico. Aunque muchas de sus afirmaciones resultan hoy cuestionables, su libro fue el primero que supo llamar la atención acerca del uso sexista del lenguaje, con la diferenciación de dos subtemas que toda la crítica posterior ha continuado: un "lenguaje de la mujer" y un "lenguaje sobre la mujer".

A partir de este enfoque inicial, se considera que el sistema de la lengua (en el sentido saussureano de entidad abstracta) está organizado de manera sexista. Empiezan así las denuncias sobre el uso de los genéricos masculinos para referirse a colectivos femeninos o mixtos; y más tarde, cuando la investigación se amplía a lenguas diferentes del inglés, se incorpora también el tema del género, con argumentos como los que hemos visto al principio.

Este tipo de postura, considerar que el componente gramatical puede ser MACHISTA o SEXISTA, encierra un relativismo lingüístico que la lingüística contemporánea no puede menos que cuestionar. La conocida hipótesis Sapir-Whorf, según la cual las estructuras de la lengua reflejan de manera isomórfica las estructuras sociales sólo puede aceptarse, como muy bien señala K. Rotaetxe (1989), a propósito de determinados campos semánticos, pero no para la totalidad de la lengua. Además, según este mismo isomorfismo nos veríamos obligados a aceptar que una lengua como el arahuaco, donde el masculino es el término marcado, supondrá una visión de mundo de predominio femenino y sumisión masculina. Y sin embargo, no parece que la situación social de las mujeres de estos pueblos del Caribe pueda resultar envidiable para las hablantes de lenguas occidentales europeas donde el femenino es el término marcado.

Esta concepción relativista, que presupone una relación biunívoca entre estructuras lingüísticas y extralingüísticas, estaba en la base de casi todos los estudios sobre el sexismo del lenguaje hasta hace bien poco. Como señala García Meseguer (1994: 241), *en la realidad de la lengua, la mujer es tan dueña del género masculino como el varón. La identificación género-sexo es una rutina cultural, y no una ley lingüística.*

2.-Las creencias y actitudes sobre diferencias lingüísticas entre mujeres y hombres: los estereotipos

Nos ocupamos ahora de una segunda vía de indagación, que ya no analiza el sexismo inherente al sistema lingüístico, sino las creencias y tópicos más extendidos acerca de las diferencias verbales entre hombres y mujeres. Estas creencias estereotipadas se caracterizan por dos cosas:

-por un lado, se trata de afirmaciones rotundas, que nunca están sujetas a ninguna variable, y que apelan a cierta "naturaleza" distinta; los hombres SON así y las mujeres SON así, y estas diferencias les vienen de nacimiento, no están condicionadas por factores externos; son creencias que se dirigen por tanto a la competencia de los sujetos, y no a su actuación.

-en segundo lugar, aun no viéndose confirmadas por los datos reales, estas creencias se caracterizan porque siguen siendo más fuertes que la situación real.

Algunos tópicos nos dicen que las mujeres usan un lenguaje más sensible y amable que los hombres, o que los hombres dicen más tacos y palabrotas, o que las mujeres hablan de temas triviales y son dadas al cotilleo, mientras los hombres se ocupan de temas más serios... Pero sin duda el tópico que preside esta lista de creencias, en prácticamente todas las lenguas, insiste en que las mujeres hablan mucho más que los hombres. Aún así, ningún estudio parece dar pruebas concretas al respecto, pese a que J.Pearson, L. Turner y W. Todd-Mancillas (1991) citan varias investigaciones que concluyeron precisamente lo contrario: una mayor locuacidad masculina.

M.Yaguello (1978:57) analiza la imagen que las creencias populares transmiten sobre la mujer para tratar de caracterizar los estilos "femenino" y "masculino" que la bibliografía maneja en general de manera intuitiva. El

estereotipo de lenguaje masculino *implique l'usage de l'argot et de la langue verte, la pratique du jeu de mot et, singulièrement, du jeu de mot à caractère sexuel, le goût de l'injure, de l'insulte, un vocabulaire plus riche et plus étendu, la maîtrise des registres techniques, politique, intellectuel, sportif, la quasi monopole de la parole publique, le contrôle des conversations mixtes, l'exclusivité des formes de communication rituelles et codifiées, un discours autoritaire et catégorique (...), une plus grande liberté par rapport aux normes, plus de créativité que les femmes.*

Por el contrario, el estereotipo femenino presenta los rasgos siguientes: *purisme, non-créativité, goût de l'hyperbole, maîtrise de registres relevant de domaines mineurs, parole timorée, non assertive, bavardage, incapacité de manier des concepts abstraits, hypercorrection, peur des mots.*

Desde nuestro punto de vista, lo interesante es que todas estas creencias, que obedecen en su mayoría a la llamada "regla androcéntrica" operativa en la sociedad, se hayan trasladado también al dominio de la investigación en sus primeros tiempos. Es evidente que, en tanto que estereotipos, son visiones falsas que camuflan la realidad y la simplifican, y sin embargo, la indagación sociolingüística no supo escapar a sus imposiciones en muchos trabajos. Es el mismo fenómeno que, en sentido contrario, denunciábamos a propósito de la polémica sobre el género.

Tal y como la define J. Coates (1986: 15), según la regla androcéntrica *men will be seen to behave linguistically in a way that fits the writer's view of what is desirable or admirable; women on the other hand will be blamed for any linguistic state or development which is regarded by the writer as negative or reprehensible.* Esta perspectiva es, en definitiva, la que subyace a gran parte de la investigación realizada hasta los años 80, si bien desde entonces parece totalmente erradicada.

Los estereotipos, pues, no son algo lingüístico sino social, y han condicionado tanto la actividad verbal como la reflexión sobre ella. Coates ha señalado (1986) que cuando algunas mujeres rechazan la inferioridad y tratan de asimilarse lingüísticamente al grupo masculino, utilizan precisamente como punto de redefinición los rasgos que proporciona el estereotipo:

- usan tonos de voz graves,
- juan, usan tacos y expresiones tabú,
- adoptan estilos más asertivos y categóricos en grupos de interacción,
- adoptan rasgos prosódicos típicos del hombre, como una entonación más descendente que ascendente,
- hablan en público de temas tópicamente masculinos, como negocios o deportes,
- explotan acentos dialectales y no estándares.

La otra posibilidad consiste en no adoptar rasgos del estereotipo masculino, sino en redefinir los rasgos del estereotipo femenino con una valoración positiva. Esto es, en definitiva, lo que trataremos en el punto 5 al hablar de la oposición entre intervención y argumentación, entre conversación y monólogo.

Por otro lado, y volviendo al peso de los estereotipos en la investigación, tal vez sería interesante comprobar hasta qué punto la regla androcéntrica conserva la vigencia que tenía, por ejemplo, en la época en que Jespersen realiza sus afirmaciones sobre lenguaje y mujer. Si la investigación ha podido desembarazarse de no pocos lastres en este sentido, es de esperar que el uso verbal cotidiano también se vea afectado por los cambios sociales. ¿Hasta qué punto, pues, siguen vigentes los estereotipos que hemos mencionado entre los miembros más jóvenes de nuestra sociedad?.

3.-El salto al habla: el uso sexista del lenguaje.

Una vez establecida la neutralidad sexual del componente gramatical, y la raíz social de los estereotipos, parece que el uso sexista debe situarse en el ámbito pragmático y discursivo, que es en el que se negocian y utilizan los significados: no hay sexismo en la lengua, sino en el habla.

Por lo general, los fenómenos sexistas son fenómenos en los que se produce un uso asimétrico del lenguaje, uso que se entiende discriminatorio o vejatorio para la mujer. Las investigaciones han aislado en los enunciados dos tipos de fenómenos:

-por un lado, los que responden al sistema de la lengua. La crítica feminista habla aquí, por lo general, de una ocultación de la mujer, debida al uso excesivo y encubridor del genérico masculino; se denuncia en este sentido un solapamiento de lo universal con lo masculino, pero como ya hemos visto, la lengua es un sistema neutro en este sentido.

-por otro lado los usos discriminatorios o sexistas que A.V. Catalá y E. García en su clarificador artículo "Ideología sexista y lenguaje" (1993:140) llaman *formas de la presencia.*

Con esta división (usos discriminatorios de la presencia y de la ausencia) pretendemos reflejar el grado de optatividad del uso sexista. Dicho de otra forma, el carácter vejatorio o insultante que apreciamos en los conocidos dobles del tipo *zorro/zorra, un cualquiera/ una cualquiera...*, o en la utilización de vocativos del tipo *ricura, nena...* no son en absoluto del mismo tipo que la posible ocultación femenina apreciada en enunciados como *los alumnos salieron del aula* para referirse conjuntamente a *alumnos* y *alumnas*. Mientras el primer tipo de fenómenos (de carácter léxico pero también sintáctico) pueden vehicular en efecto una ideología sexista, el segundo no hace sino adecuarse al sistema gramatical.

Y precisamente porque son fenómenos de naturaleza distinta, su posible opcionalidad y la solución para resolverlos es también distinta. Como señala López García en "Las mujeres y el lenguaje" (1992) *desterrar definitivamente los términos ofensivos, discriminatorios o paternalistas aplicados a la mujer es una obligación ética que no puede rehuir ningún ciudadano, cualquiera que sea su ideología política, a fines del siglo XX.* Otra cosa es, sin embargo, pretender modificar el sistema lingüístico, logro que se intenta mediante la duplicidad genérica explícita en todos los enunciados (o sea, *los alumnos* y *las alumnas salieron del aula*).

Dejando a un lado el carácter más o menos irritante y, por tanto, más o menos eficaz, del doblete morfológico repetido -que va contra la economía del lenguaje-, el empeño en desterrar los usos sexistas ha llevado a excesos que, como muy acertadamente señalan Catalá y García en el artículo antes citado, conducen a la incorrección gramatical. Lo que se desea con estos usos es en realidad conseguir que la mujer emerja en el enunciado, pero lo que se obtiene

son ejemplos de clara disimetría discursiva entre hombres y mujeres, disimetría que, una vez más, perjudica a la mujer^[1].

En definitiva, este tipo de investigación se ocupa del lenguaje cuando se dirige HACIA las mujeres; se sitúa en el enunciado, teniendo en cuenta aspectos sociolingüísticos, que se reflejan sobre todo en el léxico y la sintaxis. Sin embargo, no hay que confundir los usos realmente sexistas y discriminatorios con las exigencias derivadas del propio sistema lingüístico. Al hablar de machismo o sexismo, el análisis deberá tener en cuenta que estos usos no son los determinados e impuestos por la estructura del lenguaje, sino los elegidos por el hablante, elección, eso sí, que puede estar social y educacionalmente condicionada.

Lo erróneo de este enfoque es, como en el primero, centrarse en el enunciado como elemento principal, ya que las diferencias de este ámbito son neutras desde el punto de vista ideológico. Las asimetrías no son sexistas ni discriminatorias desde el enunciado, sino sólo desde la enunciación.

Por otra parte, tal vez resulte conveniente aún otra observación. Y es que todos los usos mencionados en este apartado, tanto los evitables como los debidos al sistema gramatical, corresponden tan sólo a una parte de la información textual: la explicitada en el discurso, la que se vehicula en el enunciado. Pero se puede hacer un discurso completamente sexista y discriminatorio sin incurrir en ninguno de estos usos. Como ya ha comprobado repetidamente el Análisis del Contenido en sociología (Lasswell, Berelson), y la Pragmática en lingüística (Grice, Ducrot), la estructura superficial sólo refleja un nivel de comunicación; lo no dicho, lo transmitido a través de las presuposiciones, implicaciones y sobreentendidos puede ser mucho más importante en la transmisión ideológica que los elementos presentes en el texto.

4.-Las diferencias reales en el uso del lenguaje entre hombres y mujeres.

Como ya hemos dicho, la cuarta esfera de investigación da el paso definitivo hacia la lingüística interna y busca diferencias pertinentes en el uso lingüístico de los dos sexos. Lo que aquí se trata de investigar son ya aspectos reales, basados en la observación empírica y el análisis de los datos. A diferencia de los estereotipos y creencias populares, no se cuestiona en absoluto un paralelismo de hombres y mujeres en la competencia, sino en la actuación. Además, esta actuación hace emerger la distinción de una enunciación y un enunciado, de manera que el estudio atiende a la primera: se trata de ver las diferencias verbales entre hombres y mujeres cuando son sujetos y objetos de la enunciación, no del enunciado (como veíamos en el bloque 3).

Frente a la mayoría de estudios feministas, basados en la introspección, lingüistas y psicólogos de ambos sexos investigan las diferencias de la actividad verbal. Los psicólogos se caracterizan por usar sobre todo datos de laboratorio, cosa que determina inevitablemente los resultados. Esto supone la ausencia de conclusiones definitivas en casi todos los campos, pues hay estudios y experimentos que pueden ratificar hipótesis contradictorias.

Por ejemplo, en un tema tan frecuente como las diferencias de lateralización cerebral, hay estudios que demuestran que las mujeres poseen superioridad en actividades verbales porque son más bilaterales que los hombres; según estos estudios, los hombres estarían más lateralizados y esto explicaría su mayor dominio de las habilidades espaciales^[2]. Para otros investigadores, sin embargo, esas mismas habilidades espaciales se explican precisamente porque son mucho más bilaterales^[3]. Para otros, la mayor habilidad verbal femenina y espacial masculina no tendría una base cerebral, sino educacional^[4].

Otro ejemplo: frente a los estudios que defienden que no hay diferencias significativas de escucha, encontramos otros que demuestran la mayor habilidad de las mujeres para escuchar, y otros que demuestran la mayor habilidad de los hombres.

Por eso hay que ser extremadamente cuidadoso a la hora de sacar conclusiones y extrapolar resultados, ya que las condiciones de cada experimento son determinantes^[5].

Los lingüistas, por lo general, trabajan con grabaciones y corpus de lenguaje natural buscando diferencias que afectan a los distintos componentes. Pero en ninguno de ellos se puede hablar de diferencias absolutas determinadas por un patrón sexual. Como dice Yaguello (1978:31), *Il est donc d'emblée évident que les variantes linguistiques dans nos sociétés seront préférentielles plutôt qu'exclusives. On ne saurait dire: "les femmes parlent ainsi, les hommes parlent autrement". On ne pourra que faire état de tendances, d'orientations privilégiées, d'autant que la variable sexe est inséparable, qu'on le veuille ou non, d'autres variables telles que classe sociale, niveau d'instruction, âge, catégorie d'activité.*

En consecuencia, la descripción tendrá que considerar necesariamente contextos y rasgos extralingüísticos para explicar las diferencias.

Tal vez el único campo en el que esas diferencias obedecen a elementos sexuales se relaciona con el componente fonológico, o para ser más exactos, con sus manifestaciones fonéticas de tono y timbre. Smith (1985) repasa las investigaciones que se han hecho a propósito de estas diferencias durante la infancia y la pubertad, tanto para el lenguaje como para la entonación y el paralenguaje. Los estudios realizados sobre la "fonación refleja" o "grito del nacimiento" no han apreciado diferencias significativas entre niños y niñas, y en general, las madres no suelen reconocer el sexo del recién nacido sólo por los gritos. Sin embargo, las modificaciones del tracto vocal durante el crecimiento permiten diferenciar la voz masculina y femenina desde la infancia.

Por lo demás, a la sociolingüística laboviana se debe una línea de investigación que estudia las diferencias articulatorias entre hombres y mujeres, aunque autores como De Granda (1994) empiezan a cuestionar la aplicabilidad de este modelo a zonas como Latinoamérica, por ejemplo. Este tipo de estudios parece indicar una

tendencia generalizada de las mujeres de todas las clases sociales a elegir las variantes libres más normativas y prestigiosas.

Las investigaciones de tipo gramatical son mucho más escasas, y los resultados, tal y como apunta Smith, resultan pobres y poco significativos, dada la gran posibilidad de realizaciones diferentes que ofrece el sistema gramatical.

Otra parcela del lenguaje desarrollada sobre todo en los años 70, y en la que también se han hallado diferencias expresivas según el sexo es la de los códigos no verbales. Según las investigaciones quinésicas, las mujeres usan menos gestos que los hombres, pero aun así gesticulan más cuando hablan con hombres que cuando lo hacen con otras mujeres. Ellas juegan con el pelo o con el vestido, ponen las manos en el regazo y aplauden más que ellos; ellos hacen más gestos en los que arrastran o estiran las manos, golpean con los nudillos, señalan con los dedos, y mueven los brazos. Henley (1977) dice que las mujeres devuelven casi siempre la sonrisa, pero esto es menos frecuente en los hombres. Otros estudios de diferentes investigadores señalan que la mujer sonríe mucho más (Argyle, 1975). También parece que es en general más hábil para utilizar el código de gestos faciales y tiene a la vez una memoria de reconocimiento superior en lo que se refiere a sus propias expresiones. Domina más el contacto visual y mira con más frecuencia al interlocutor (Ellsworth y Ludwig, 1972; Davis, 1972), aunque el hombre mantiene la mirada más tiempo y no se caracteriza por apartarla (Thiel, 1986). En general, sí parece que las mujeres descodifican mejor los códigos quinésico y proxémico, aunque esta capacidad de apreciación se ve igualada en hombres de ciertas profesiones, como actores, psiquiatras o artistas (Pearson et al., 1991).

La proxémica nos dice que las mujeres poseen un espacio más pequeño que los hombres, lo que explica que sea más frecuente acercarse a ellas que a ellos. Las mujeres, por otra parte, huyen más cuando la invasión espacial se acompaña de lenguaje verbal, mientras a los hombres les asusta más la invasión silenciosa. Además, ellas pueden diferenciar cuándo un contacto es sexual y cuándo no lo es, pero ellos no son muy capaces de distinguir las distintas formas de contacto físico.

Por lo que se refiere a la postura, las mujeres andan moviendo todo su cuerpo, mientras los hombres suelen mover los brazos de forma independiente y torcer levemente la caja torácica; ellas andan tirando la cadera ligeramente hacia adelante y ellos ligeramente hacia atrás.

Los investigadores insisten en que todas estas diferencias (que podríamos seguir enumerando) se explican por diferencias educacionales. Como demuestran los estudios Birwisthell, Hekman o Hall, el trato a los recién nacidos permite establecer ya diferencias de actitud hacia los sujetos según el sexo (Davis, 1971).

5.-la racionalidad conversacional frente al discurso argumentativo

Por último, como ya hemos dicho, existe una quinta vía de análisis, que está presente desde los inicios de la investigación pero que parece desarrollarse paralelamente al crecimiento de la pragmática y el análisis del discurso. Nos referimos a la identificación de dos tipos básicos de estrategia discursiva: la racionalidad conversacional (como señala López García, 1992, femenina, pero no sólo de mujeres) frente al monólogo argumentativo (masculino, pero no sólo de hombres).

Las investigaciones sobre las diferencias en el habla pasan pronto al componente pragmático, donde se establecen diferencias como las siguientes: los hombres tienden a imponer más su tema de conversación, las mujeres plantean más preguntas añadidas en situaciones cotidianas y en general optan más por la indirección (Zimmerman y West, 1975). Los estudios sobre el uso de la toma de turno concluyen que, por lo general, los hablantes esperan que los hombres interrumpan más que las mujeres, aunque hay estudios que confirman dos posibilidades: para unos, no hay diferencias significativas y ambos sexos participan igual en las interrupciones y solapamientos; para otros, los hombres interrumpen más que las mujeres y ellas son más interrumpidas que ellos (Pearson et al, 1991).

En definitiva, el hombre tendería más a un discurso asertivo, argumentativo, que persigue el control, mientras la mujer se caracterizaría por el diálogo y la búsqueda de aveniencia. Mientras el primer tipo de interacción progresa a base de argumentaciones, la racionalidad conversacional avanza a base de intervenciones.

Estas diferencias han sido apreciadas desde los estudios iniciales en los 60 y 70, que hablaban de control de la interacción y de lenguaje asertivo o categórico por parte de los hombres. Pero la evolución de la pragmática, como decíamos, atenta a la fuerza ilocucionaria de las emisiones, ha permitido su desarrollo más específico en los últimos años, hasta llegar a la formulación de lo que López García (1992:49) considera directamente dos tipos diferentes de discursividad, dos modos de decir que se fundamentan en las diferencias semióticas y psíquicas entre hombres y mujeres: *Hay un lenguaje, el dominante, que se caracteriza por prescindir del interlocutor y escribirse como si la imposición de significados fuese lo más natural: es, desde la época de la adolescencia, el discurso masculino. Y hay otro lenguaje, o mejor dicho, otros dos lenguajes, que quedan para la mujer y que caracterizan sus dos sistemas de organización semiótica. De un lado, el lenguaje dependiente heredado, el lenguaje del oyente mudo y pasivo, que es simplemente el silencio. De otro, el lenguaje propio de su condición de sistema autónomo, el lenguaje empático caracterizado por tender puentes con el entorno, por la búsqueda de un sentido en el interlocutor que no es necesariamente el sentido impuesto por el hablante: el lenguaje de la conversación.*

Frente al primer enfoque, que abordaba la problemática de lenguaje y sexo sin ninguna base lingüística, lo que caracteriza a esta postura es precisamente lo contrario, pues es la única capaz de conciliar argumentos lingüísticos y extralingüísticos, reivindicando en última instancia *una primacía de la conversación sobre el texto cerrado* (1992:51).

Conclusiones.

En definitiva, pues, la pertinencia de la variable *sexo* en la investigación lingüística, nos lleva a reconocer cinco

esferas de interés que, en resumen, podemos caracterizar así:

1.-la que, desde posiciones extralingüísticas, sitúa el estudio en la lengua, considerando a la mujer objeto y sujeto del enunciado; se busca en el sistema de la lengua un elemento sexista y discriminatorio *per se*.

extraling- M en el enunciado- lengua

2.-la que, desde la lingüística externa, se articula en torno al doblete chomskiano de competencia y actuación, en una zona que es previa a la distinción de enunciación y enunciado. El punto de partida para el análisis son los estereotipos.

ling. externa- competencia de M- lengua

3.-la que, desde la lingüística externa, pasa de la competencia a la actuación, y de la lengua al habla. El estudio se sitúa aún en el enunciado, buscando en los datos verbales síntomas de otro tipo de actitudes; los componentes privilegiados por el análisis son, sobre todo, el léxico y el sintáctico.

ling. externa- actuación- habla- enunciado

4.-la que, ya desde la lingüística interna, atiende al habla, buscando diferencias reales en la actuación; el análisis se centra en el sujeto de la enunciación.

ling. interna- actuación- habla- enunciación

5.-la que, asumiendo el desarrollo de la pragmática, busca en las diferencias tradicionalmente atribuidas a hombres y mujeres, dos tipos de estrategia comunicativa: la dialógica y la argumentativa.

Estas cinco posturas se reflejan en el siguiente cuadro:

	POSTURA	OBJETO	DATOS
1	<i>extralingüística</i>	<i>mujer en el enunciado</i>	<i>lengua</i>
2	<i>ling. externa</i>	<i>competencia de la mujer</i>	<i>lengua</i>
3	<i>ling. externa</i>	<i>actuación de la mujer</i>	<i>habla- enunciado</i>
4	<i>ling. interna</i>	<i>actuación de la mujer</i>	<i>habla- enunciación</i>
5	<i>ling.interna</i>	<i>actuación de la mujer</i>	<i>componente pragmático: tipos de discursividad.</i>

BIBLIOGRAFÍA:

- ARGYLE, Michael (1975): *Bodily Communication*, New York: Internationla Universities Press
- BATE, Barbara (1988): *Communication and the Sexes*, New York: Harper & Row
- CATALÁ, Aguas Vivas y GARCÍA, E. (1992): "Ideología sexista y lenguaje", en Campillo, N. y Barberá, E. (eds): *Reflexión multidisciplinar sobre la discriminación sexual*, Valencia: NAU llibres.
- COATES, Jennifer (1986): *Women, men and language*, London: Longman
- COATES, Jennifer y CAMERON, Deborah (1988): *Women in their Speech Communities. New Perspectives on Language and Sex*, London: Longman
- DAVIS, Flora (1971): *La comunicación no verbal*, Madrid: Alizanza
- De GRANDA, Germán (1994): "Sobre la metodología de los estudios sociolingüísticos en Hispanoamérica", comunicación presentada en el *I Congreso de Lingüística General*, Valencia, 1994.
- ELLSWORTH, Phoebe, y LUDWIG, Linda (1972): "Visual Behavior in Social Interaction", *Journal of Communication*, 22 (375-403)
- GARCÍA MESEGUER, Álvaro (1984): *Lenguaje y discriminación sexual*, Madrid: Montesinos
- GARCÍA MESEGUER, Álvaro (1994): *¿Es sexista la lengua española?*, Barcelona: Paidós
- HENLEY, Nancy (1977): *Body politics: Power, Sex, and Nonverbal Communication*, Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall
- IRIGARAY, Luce (1987a): "Discurso de mujeres y discurso de hombres", en *Yo, tú, nosotras*, Madrid: Cátedra, 1992
- IRIGARAY, Luce (1987b): "Sexos y géneros lingüísticos", en *Yo, tú, nosotras*, Madrid: Cátedra, 1992
- KEY, Marie Ritchie (1975): *Male/Female language*, New Jersey: The Scarecrow Press
- LAKOFF, Robin (1975): *Language and woman's place*, New York: Harper & Row
- LÓPEZ GARCÍA, Ángel (1993): "Las mujeres y el lenguaje", Conferencia pronunciada en los *Primeros Encuentros sobre el Amor*, organizados en Benasque por la Universidad de Zaragoza.
- LÓPEZ GARCÍA, Ángel y MORANT, Ricardo (1992): *Gramática femenina*, Madrid: Cátedra
- OCHS, Ellinor (1979): "Planned and unplanned speech", en Givon (ed): *Syntax and Semantics*, 12, New York: Academic Press (51-80)
- PEARSON, Judy, TURNER, Lynn, y WOOD-MANCILLAS, William (1991): *Comunicación y género*, Barcelona: Paidós
- ROTAETXE, Karmele (1989): *La sociolingüística*, Madrid: Síntesis
- SMITH, Philip (1985): *Language, the sexes and society*, Oxford: Basil Blackwell
- STUBBS, Michael (1983): *Análisis del discurso*, Madrid: Alianza, 1987
- THIEL, Erhard (1986): *El lenguaje del cuerpo revela más que las palabras*, Barcelona: Elfos
- THORNE, Barrie, KRAMARAE, Ch. y HENLEY, Nancy (1983): *Language, gender and society*, Cambridge: Newbury Hause
- YAGUELLO, Marina (1978): *Les mots et les femmes*, Paris: Payot, 1992

-ZIMMERMAN, Don y WEST, Candace (1975): "Sex Roles, Interruptions and Silences in Conversation", en Thorne y Henley, eds: *Language and sex: difference and dominance*, Rowley, Mass: Newbury House

[1].-Por ejemplo, se utiliza la designación sexual *mujeres* en contextos donde no se utilizaría la de *hombres*. De este modo parece que el único rasgo definitorio para identificar a las mujeres sea su sexo, por encima de su condición social o personal, y leemos cosas como:

-*Tres mujeres premiadas en el Festival de cortometrajes de Alcalá de Henares* (en lugar de *tres directoras premiadas*)

-*Mujeres, sanitarios y abogados piden una reforma urgente en la ley de interrupción del embarazo* (en lugar de *feministas, sanitarios y abogados, piden...*)

[Los ejemplos son de Catalá y García y proceden de la prensa.]

Otras veces, se trata de rescatar a la mujer utilizando la aposición adjunta. Pero frente a las aposiciones del tipo *representante-varón*, que aparece en

-*Mayor es el primer representante varón del Reino Unido en una cumbre comunitaria*,

donde el sexo se pone en segundo lugar, encontramos aposiciones del tipo *mujeres-sacerdotes, mujeres-soldados...*, donde el término sexual no sólo aparece en primer lugar (como rasgo primario de identificación), sino que además resulta redundante, pues la identificación genérica puede realizarse mediante la concordancia con el artículo u otros elementos: *las sacerdotes, los soldados...*

Otro error se produce al intentar evitar el genérico masculino, ya que al sustituirlo por el género femenino se restringe su alcance semántico. Veamos otra vez un ejemplo aportado por Catalá y García. Comparemos

-*Frida Kahlo es la artista latinoamericana más cotizada del momento*, y

-*Frida Kahlo es el artista latinoamericano más cotizado del momento*.

Como se ve, la utilización del femenino disminuye el alcance informativo del texto, y en lugar de hablar del colectivo de artistas parece que sólo hablemos de *las* artistas (con lo cual Frida Kahlo se está cotizando menos); lo correcto sería la utilización del masculino no marcado.

En palabras de Catalá y García (1992:150): *En todos estos casos el uso del género gramatical masculino no sólo no ocultaría a las mujeres sino que, al contrario, las pondría en el lugar que les corresponde, haciéndolas emerger como individuos -con sexo pero no sólo con sexo- en posición simétrica discursivamente a la de los varones.*

[2].-Levy, J (1976): "Cerebral lateralization and spatial ability", *Behavior Genetics*, 6 (171-188)

--Levy, J. y Reid, M. (1978): "Variations in cerebral organization as a function of handedness, handposture in writing and sex", *Journal of Experimental Psychology: General*, 107 (119-144)

-Levy y Gur, R.C. (1980): "Individual differences in psychoneurological organization", J.Herron (ed): *Neuropsychology of Left-handedness*, N.York: Academic Press

[3].-Buffery y Gray (1972): "Sex differences in the development of spatial and linguistic skills", en Ounsed y Taylor: *Gender Differences*, Edimburgo

[4].-Halpern, Diane (1986): *Sex differences in cognitive abilities*, Hillside, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates

[5].-En este sentido, Pearson, Turner y Wood-Mancillas, autoras de *Comunicación y género*, insisten en las implicaciones sociales que acompañan a este tipo de estudios: *Por ejemplo, una conclusión a la que se llegó a través de determinado estudio, la cual señalaba que las mujeres físicamente andróginas poseían una habilidad verbal superior, podía haber sido fácilmente distorsionada al publicarla la prensa no especializada, ya que se podía haber interpretado que el tamaño del pecho femenino está directamente relacionado con las habilidades verbales femeninas, o peor aún, con sus habilidades como secretaria.*